

Christian von Hirschhausen, *Du combinat socialiste à l'emprise capitaliste: une analyse des réformes industrielles en Europe de l'Est*, París, L'Harmattan, 1996, 252 p.

Jean Meyer

Este libro es el resultado de una investigación efectuada entre 1990 y 1994 sobre unos sesenta "combinatos" industriales en 11 países del antiguo bloque socialista. Se trata de un análisis provocador del socialismo y del postsocialismo. El autor, el economista Christian von Hirschhausen, no usa nunca la palabra "transición", y tampoco el concepto de "economía en transición". Una de sus tesis es precisamente que no hay transición; hay derrumbe total del socialismo y de sus unidades de base, los "combinatos (*Kombinat*) plurifuncionales", tan pronto como se presenta una verdadera moneda y la liberalización de los precios. Empieza en aquel preciso momento una nueva era, el postsocialismo, durante la cual se construye un capitalismo singular sobre los escombros del socialismo, mediante un complejo proceso de "empresación".

La otra tesis del autor es que no había "economía" como tal en el socialismo. Hablar de "economía socialista" es un error que impide entender lo que ocurre ahora. Así que el estudio

del periodo 1990-1994 rebasa el campo de la economía concreta y nos lleva no sólo a modificar nuestra idea del socialismo, sino a reflexionar sobre el discurso económico en nuestras sociedades capitalistas.

El texto fue discutido en varios seminarios, y la proposición del autor de que "no había economía en el socialismo" provocó un escándalo y rechazo inmediato. Esa teoría había nacido sobre la marcha, al calor de la investigación en Polonia en junio de 1990; presentaba la ventaja para el autor y sus compañeros de formular de manera tajante su experiencia de que los conceptos económicos que les habían permitido analizar la realidad hasta entonces no funcionaban, y además resultaban contraproducentes. En el idioma de los países socialistas había equivalente lingüístico para "moneda, empresa, banca, costo, precio, salario, ganancia [...]", pero detrás de las palabras había otra realidad. La moneda socialista no era moneda, tal como la entendemos. Había por lo menos tres circuitos seudomonetarios in-

dependientes, en los cuales los instrumentos monetarios no tenían nunca la totalidad de las funciones de una moneda; es decir, no existía un equivalente general que permitiera hablar del “precio” de una “mercancía”, del precio de la fuerza de trabajo. ¡De modo que en el reino de la planificación nadie podía realizar el menor cálculo económico!

Así Hirschhausen retomó la intuición temprana y en aquel tiempo solitaria de Ludwig von Mises, Max Weber y Boris Brutzkus. Mises (*Economic Calculation in the Socialist Commonwealth*, 1920) afirmaba que el socialismo no era “económico”, porque era “no monetario”, y que su dimensión netamente represiva bloqueaba, cancelaba, la responsabilidad individual. Él y Max Weber, en el mismo año 1920, plantearon la primera interrogación sistemática, no sobre un modelo teórico, sino sobre la naturaleza del socialismo real. El economista Boris Brutzkus, al observar la Rusia bolchevique de 1920-1924, llegó a la misma conclusión: en ausencia de una moneda como equivalente general, todo cálculo económico resulta imposible; por lo tanto, no hay manera de efectuar decisiones racionales, no sólo para el consumo final, sino para cada etapa de la producción. Weber y Brutzkus, cada quien por su lado, concluían que no se podía hablar de economía planificada y tampoco de economía socialista. Esas intuiciones se perdieron en el debate sobre la eficacia comparada de la coordinación (planificación) en los dos sistemas, capitalista y socialista.

Concretamente el autor compro-

bó, por si fuera necesario, que un combinato industrial no era una “empresa”, ni tampoco una “empresa pública”; era otra cosa, una “unidad multifuncional que aseguraba funciones de producción material y funciones sociales, y funciones de control de la población”. La racionalidad de las decisiones (del partido, en “última instancia”) en cuanto a la producción, no era separable de la lógica de decisiones sobre la sociedad. “Sociedad” es un término aproximado que no coincide con nuestra “sociedad”, por el hecho mismo de que en la nuestra las funciones económicas, políticas, sociales, educativas, son separadas, mientras que en el socialismo no lo eran, no lo son. El gran mérito del libro es devolvernos la singularidad, la alteridad, la extrañeza demasiado olvidada del socialismo real.

Su mérito es también recordarnos la singularidad de nuestras sociedades capitalistas, las cuales viven una racionalidad separada de los actos de producción e intercambio, de las relaciones familiares, clásicas, religiosas y políticas. La institución que separa, que distingue, es la propiedad privada, y el signo de dicha separación es la moneda como equivalente general, que no como instrumento de trueque. Dicho de otra manera, hay economía, en el sentido nuestro de ciencia, sólo si se puede trabajar sobre un campo separable de los fenómenos sociales, sobre cierto tipo de racionalidad en cuanto al trabajo y a sus productos, racionalidad que se puede aislar del resto de los comportamientos.

En nuestra sociedad un empre-

sario debe maximizar la rentabilidad de su capital, lo quiera o no; por lo tanto, se puede fundar un análisis sobre su comportamiento. Pero ¿dónde está la economía cuando el valor de un bien depende de las decisiones del Comité Central? No se trata de ejercicios lingüísticos, el autor y el grupo que le ayudó en su reflexión nos demuestran que al hablar de "economía socialista" o de "economía de los pueblos primitivos", como uno habla de economía capitalista, se pierde todo en la confusión.

Hirschhausen nos presenta una visión totalmente renovada del nacimiento del capitalismo en el postsocialismo. Se trata de economía, ahora sí, y por lo tanto los conceptos económicos recuperan su pertinencia. Pero el tránsito, que no la "transición", del combinato a la empresa, tiene sus singularidades, su novedad radical. En su conclusión el autor afirma que nunca existió la tercera vía, esperanza de los reformadores socialistas, y que el socialismo soviético, por lo tanto, no era reformable. Entender lo que fue el socialismo obliga a renunciar a las teorías del "capitalismo burocrático", del "capitalismo de Estado" como de la "economía planificada" o "centralizada". Al final, Hirschhausen señala que China es una *terra incognita* para los economistas, lo que nos lleva, a la hora de la crisis actual (1999), a hacer reflexiones suplementarias.

La situación de la economía rusa, hoy en día, manifiesta que si bien los combinatos mueren, su agonia puede ser larguísima, y que no es fácil construir entre los escombros.

Pero, fuera del antiguo bloque socialista, el derrumbe del won, la moneda coreana, después del de las otras monedas de la zona, pudo ser el equivalente de la caída del muro de Berlín, económicamente, al provocar la muerte de los combinatos asiáticos, los *chaebol* (Corea del Sur) y los *keiretsu* (Japón), esos enormes conglomerados multifuncionales que ocupaban hasta ahora un lugar central en el "modelo asiático" de desarrollo. El paralelismo entre la crisis del "socialismo real", hacia finales de los ochenta, y la crisis oriental de los noventa en su final, no deja de ser tentadora y debería llamarle la atención a Christian von Hirschhausen. El socialismo de Estado y el capitalismo de Estado han tenido siempre algunos puntos en común, tanto en el sector "económico" como en el político, frecuentemente marcado por el autoritarismo. La convergencia principal, sin embargo, se encuentra entre el *chaebol* surcoreano y el combinato alemán oriental o polaco, entre la empresa de Estado china, el *Kombinat* soviético y la empresa japonesa, filipina, etcétera, por más que exista una enorme diferencia: la presencia o la ausencia de propiedad privada.

El despeque económico de Japón durante los años cincuenta, de los dragones en los setenta, de los tigres después, descansó sobre un modelo de "empresa" bastante cercano a la "empresa" comunista. En ambos casos, el control lo ejerce un grupo: el partido, la familia o el clan. En ambos casos hay relación estrecha con el Estado, un Estado autoritario e intervencionista que tiene la banca a disposición

de la "empresa". En ambos casos se trabaja en el secreto total, no hay riesgo alguno de sanción, mucho menos de quiebra. Hasta la quiebra final que no es la de una o de unas empresas, sino del sistema global.

Hay que señalar que durante un buen tiempo ese sistema ha funcionado, tanto en Asia como en el bloque socialista, organizando un crecimiento intensivo, movilizand o materias primas, hombres y capitales. Luego se reveló ineficiente cuando se trató de pasar del aumento de los medios al aumento de la productividad. Es cuando perdió la batalla. Esos combinatos-*chaebol* paternalistas gigantes llegaron a participar en, por lo menos, 60% del PIB de Alemania Oriental y de Corea del Sur, antes de la caída del muro y del derrumbe del won. Su modo de organización, al estilo de la mafia, llevó a un callejón sin salida.

Entre otros defectos resalta la sobreinversión generalizada. Por ejemplo, la industria automotriz coreana tiene una capacidad instalada cuatro veces superior a sus necesidades. Por lo mismo, su deuda corrió como bola de nieve; era, en el caso de los *chaebol*, cuatro veces superior a sus fondos propios. Rusia, con su herencia soviética no apurada; Japón, con sus bancos casi condenados a morir por sus préstamos dudosos; China, con sus "empresas" hiperendeudadas, sufren la misma enfermedad. Por lo tanto, la crisis llamada asiática, como la rusa, es mucho más que una crisis monetaria o financiera, es la crisis de un sistema que no era "económico" pero que determinaba todas las relaciones de producción, trabajo, intercambio. Ese sistema funcionó hasta que su crisis presente vino a señalar su dimensión política básica.